

que se espone en la creacion de los Angeles y de los mundos; que se anuda en la caída de los demonios y de la humanidad; que se prosigue al través de todas las transformaciones de los pueblos y las revoluciones de los imperios, hasta la venida de Cristo, en quien se desenlaza la accion en el Calvario, de donde se prolonga, reproduciéndose en la Iglesia, hasta la consumacion final del tiempo y de sus pruebas, por el juicio universal que comenzará las glorias ó los suplicios de la eternidad. —Y en este vasto cuadro, ¡qué infinita diversidad de escenas, todas las cuales vienen á referirse á este Verbo Encarnado, á este Cristo que es su héroe, y por El á la humanidad en cada uno de nosotros que somos sus miembros! No hay nada en la creacion, nada en la naturaleza sensible, moral ó intelectual, que no se halle implicado en esta vasta *Accion*, y que no grave alrededor del que es su centro. Por El viene todo el mundo de la naturaleza á ingertarse al de la *gracia*, que la eleva al de la *gloria*, para que todas las cosas sean consumadas en la unidad del Sér, así como fueron sacadas de la nada.

Tal es la poesía del Cristianismo, cuyo objeto y creencia es Cristo á un mismo tiempo: su esencia, como Bello Encarnado: su objeto, como héroe de este poema, de este plan divino, que comprende todas las cosas en Cristo, ya las que están en el cielo, ya las que están en la tierra.

Así, puede decirse que *se contienen* en Cristo *todos los tesoros de la poesía*, así como los de la *ciencia y de la sabiduría*, no estando lo Verdadero y el Bien, sino siendo El lo Bello por la identidad divina de estas tres potestades.

V. Y ahora, para aplicar todo esto á la Virgen María, no tenemos mas que recoger en cierto modo lo que hemos sembrado.

María es la Madre de lo Bello infinito, que se manifiesta en lo finito. Este Bello es una flor cuyo tallo es Ella. Toda cuanta poesía exhala y produce esta flor, está pues en María, como en su emanacion primera y mas inmediata. Ella sola la ha recibido tal como es en sí misma, en esta belleza esencial é increada que arrebató á los Angeles y á Dios mismo, que re-

lumbra al través de todas las maravillas de la naturaleza, y que inspira todas las del arte. Lo que el artista, lo que Homero, lo que Fidias, lo que Rafael, lo que Mozart percibieron y espresaron de este Bello inefable, no fué mas que un soplo, un rasgo, un matiz, una nota de lo Ideal, cuya plena realidad ha contenido y producido María. María es el artista por excelencia, la Reina del arte y de la poesía, porque concibió y produjo por obra al Autor mismo ó al inspirador de todas las obras, lo Bello en persona, en quien se contienen todos los tesoros de la poesía y del arte.

María es por esto mismo la obra primera, la obra maestra de este Bello que se encarna en ella. Porque, como vino á reproducirse en las almas por la virtud sobrenatural de su gracia inherente á su Encarnacion, la primera alma que embelleció es la de la Virgen en quien se hizo carne. Siendo su carne divina el elemento sacramental de su comunicacion, siendo *lo Bello que germina las vírgenes* (1), germinó espiritualmente á María, Virgen de las vírgenes, así como El fué germinado en ella corporalmente. La relacion de su humanidad con las entrañas en que la tomó, nos dá la proporcion de la relacion de su divinidad con esta alma de María, que animaba la sangre que recibió de ella. Relacion incomparable y que toca los limites de la divinidad, *attingit fines Divinitatis*, dice el Angel de la Escuela.

Por esto, antes de descender á ella, la previno con sus gracias, la preservó de toda mancha desde su concepcion, la adornó y embelleció con todo el arte de un Dios y todo el amor de un hijo, como el Tabernáculo de su venida, como la substancia de la que queria El mismo ser hecho. Desde entonces fué *llena de gracia*, y ¡cuál no debia ser su belleza, para que se inclinara ante ella la naturaleza angélica y esclamara á su vista Dios mismo, admirando su obra: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te!* «Toda eres hermosa, amada mia, y no hay mancha alguna en tí.»

María es elevada en belleza como es elevada en gracia, puesto que el efecto de la gracia es transfigurar en la Belleza.

(1) Zacarías, IX, 17.

Siendo la mas Santa de las criaturas , es por lo mismo tambien la mas bella , por la identidad del Bien y de lo Bello.

Así como se llama á María la *Santidad creada*, se la puede llamar pues la *Belleza creada*, es decir, la belleza por esencia entre todas las bellezas creadas , desde la flor de los campos hasta el Serafin, no teniendo sobre si mas que lo Bello infinito y creador que ha sido en el mundo el fruto de su virginidad , y que, saliendo de ella, le ha dejado su forma, esta forma de todas las bellezas que ha sembrado en el universo. Así como se espresó en la creacion, se espresó en María, con toda la superioridad de la persona misma sobre la imagen y sobre el discurso.

No es, pues , por una vana amplificacion, sino por una rigurosa consecuencia de doctrina , como la poesia se exalta y se inflama al contacto de María, y como agota para alabarla toda clase de comparaciones y de imágenes que le ofrece la naturaleza, como á Aquella que concentra y que domina todas sus bellezas. El mismo satírico y político Erasmo, conmovido y arrebatado á esta contemplacion de la Virgen, no puede elogiarla de otra suerte.

«Vois sois mas brillante que la aurora, le dice, mas suave que la luna argentada, mas pura que los lises recién abiertos, mas blanca que la nieve aun no tocada, mas graciosa que la rosa de la primavera , mas preciosa que los rubies , mas dulce que la miel , mas suave que la vida, mas elevada que los cielos , mas casta que los Angeles. Salve, noble santuario del eterno Dios, trono sublime de la Divinidad (1).»

La Sagrada Escritura ha precedido á todos los poetas en este modo de concebir y de alabar á María , y ella misma les ha dado el ejemplo y el precepto, revistiendo el culto de la Santísima Virgen con todos los colores y todas las figuras que ha podido recoger en el universo. Esto es lo que hemos admirado en nuestra *Esposicion litúrgica*, que es como el Eden poético de esta nueva Eva, cuya belleza refleja y embellece todas las bellezas de la creacion.

(1) Pœan.

VI. En esta belleza suprema debe hacerse entrar mas particularmente todas las bellezas naturales de la mujer, de la virgen , de la madre, sobrenaturalizadas en la Mujer bendita entre todas las mujeres , en la Virgen , Madre de Dios.

La mujer , creada por Dios para ser la poesia del hombre , es como el prisma á través del cual El vé todas las cosas en un horizonte encantado. Encanto que fué funesto despues del pecado al que concurrió , y que abriendo los ojos á la inocencia , hizo bajar los del pudor.

El pudor ha sido desde entonces la primer condicion de la virtud en la mujer; mas por una relacion admirable que se refiere á la identidad de lo Bello y del Bien, el pudor ha sido al mismo tiempo la condicion primera de ese encanto con que se halla velado. La belleza se ha interesado en su preservativo á tal punto , que aun cuando quiere emanciparse de él, hace de él un arte para formarse un encanto (1). Las verdaderas gracias entre los antiguos eran decentes, *Gratiæ decentes*.

Así salieron del cincel de Sócrates. Mas para que sean perfectas las gracias , es preciso que el pudor no sea solamente un adorno , sino tambien una virtud que se adopte por sí misma , olvidando estas gracias, que resaltan entonces con doble encanto, como el trio de las gracias verdaderas; las gracias de lo Verdadero, del Bien y de lo Bello.

De aquí esta frase de la Sagrada Escritura: «La mujer santa y púdica es de una gracia que escede á toda gracia.» *Gratia super gratiam, mulier sancta et pudorata* (2); y esta otra: «Como el sol levantándose sobre el mundo de las alturas de Dios , así la casta belleza de la mujer es el ornamento

(1) La célebre Poppea, cuya impúdica belleza arrastró á Neron al parricidio, se halla pintado de esta suerte por Trajano: «Un aire de modestia servia de aliciente á la licencia de sus costumbres. Salia de casa raras veces , y siempre medio velada, ya para escitar las miradas de los curiosos , ya porque así tenia mas gracia.» *Anales*, XIII, 45.

(2) *Eccli.*, XXVI, 19.

de su casa.» *Sicut sol oriens mundo in altissimis Dei, sic mulieris bonæ species in ornamentum domus ejus* (1).

Si todo esto es cierto, la Virgen Maria es su personificación mas acabada y en un grado que lo domina todo; ella en quien ha sido el pudor elevado hasta la virginidad, y la virginidad hasta la Maternidad divina. Bendita entre todas las mujeres, Santa entre todas las criaturas, es por esto mismo belleza entre todas las bellezas, gracia entre todas las gracias. Todo cuanto ha habido, todo cuanto habrá de casta belleza, de gracia púdica entre todas las mujeres, ha sido reunido hasta la plenitud en María; todo cuanto ha habido de *angélico* en su sexo ha sido elevado en ella hasta constituir la *Reina de los Angeles*. Lo que decian los poetas de la primera mujer, que los dioses la dotaron á porfía de todas las gracias y de todos los dones, y que no era mas que una alegoría de la hermosura de Eva antes del pecado, es tanto mas cierto respecto de María, cuanto que ha superabundado en ella la gracia sobre el pecado. María es la verdadera *Pandora*; Ella ha sido colmada con todos los dones. En una palabra, *está llena de gracia* en el doble sentido; porque la gracia divina produce la gracia humana, y en una correspondencia, en una transparencia tan perfecta, que la que la ha ofrecido María, la gracia con que ha sido llenada, no ha perdido nada de su efecto y de su brillo, ha fulgurado en ella como una viva llama en una lámpara de alabastro. ¿Qué será, pues, cuando se piense que no es la gracia solamente, sino el Autor de la gracia, lo Bello mismo, lo que ha estado en ella y lo que en ella ha quedado por su santidad y por su belleza? *Deus in medio ejus est* (2). Si *Dios es admirable en sus Santos* (3), ¿cómo no ha de ser mas admirable en su Madre? «El revistió al mundo por su propia virtud, dice San Ambrosio; bajo esta vestidura universal, resplandeció en todos los séres.» Así, y en un sentido mas personal, revistió á María, y bajo esta vestidura virginal, resplandeció en ella con este esplendor con que brilla

(1) Eceli., XXVI. 21.

(2) Oficio de la Virgen.

(3) Salmo LXVII, 36.

en todos los séres, en el firmamento, en los astros y en el sol.

Por esto se ofrece la Virgen á nuestro culto, por el Apóstol de las visiones, en este brillo universal que concentra en su persona: vestida del sol, á sus piés la luna y coronada la cabeza de estrellas.—Por esto agota aun la Iglesia, tomándolo de las Sagradas Escrituras que se lo habian destinado, el lenguaje de la gracia y de la belleza para alabar á María en su Oficio:

Así como la mirra escogida, ¡oh Santa Madre de Dios! habeis exhalado un olor de suavidad.

La gracia está derramada en vuestros lábios, por lo que Dios os ha bendecido por toda la eternidad.

Con vuestra gracia y vuestra belleza formais designios, y avanzais en prosperidad y reinais.

Tales como gentes colmadas de alegrías, tales son los que permanecen en vos, Santa Madre de Dios.

Al olor de vuestros perfumes, corremos á vuestros pasos; las jóvenes doncellas os han amado en extremo.

Sois bella y resplandeciente, joven de Jerusalem, y terrible en vuestras victorias como un ejército formado en batalla.

Os habeis hecho hermosa, y llena de una admirable dulzura en vuestras delicias, oh Santa Madre de Dios.

¿Cuál es la que se avanza como una aurora al despuntar, bella como la luna, resplandeciente como el sol?

Yo soy la Madre del Amor Hermoso y del temor, y de la grandeza y de la santa esperanza.

He aquí algunos rasgos de la belleza de María, que se compone de todas las bellezas, de las bellezas de la mujer, de la virgen, de la madre; de las bellezas del hombre, del Angel, de Dios; de las bellezas de la naturaleza, de la gracia y de la gloria; en una palabra, de todas las bellezas del Hombre-Dios resplandeciendo en la VIRGEN-MADRE.

¡Qué paleta para la imaginación! ¡qué manantial de suavidad para el corazón! ¡qué tesoro de poesía!

Pero lo que duplica aun estas bellezas de María, lo que las pone superiormente en relacion con la imaginación y la sensibilidad, haciendo de ellas el objeto por excelencia de la poesía, es que se nos aparecen veladas con todas las pruebas

de nuestra mortalidad régenerada ; veladas de humildad, de dolor, de compasion, de resignacion, de recogimiento, de aquiescencia y de amor, en una palabra, veladas con esa gracia suprema del sacrificio que ennoblece y hermosea continuamente á la victima. Gracia tanto mas eminente en María, cuanto que este sacrificio no tiene igual sino en la santidad de su aceptacion ; gracia tanto mas conmovedora para nuestros corazones, cuanto que une por una parte á María á la gran victima por todos los dolores de su Maternidad que la ofrece á la Justicia, y que por otra parte, la une al género humano por toda la caridad que se la hace ofrecer por nuestra salvacion.

Todas las gracias, todas las bellezas de María vuelven de esta suerte hácia nosotros en cierto modo, y parece como que se aplican á nuestros padecimientos para ser su bálsamo y su curacion. Esto es lo que sentia perfectamente Erasmo, cuando despues de haber exaltado todas las glorias y todas las grandezas de esta Virgen augusta, añade:

¿Cómo, pues, yo, débil gusanillo, me atrevo á alzar los ojos hácia vos que estais colocado tan superiormente á los grandes de la córte celestial? lo que me dá este atrevimiento, ¡oh María! no es una pura arrogancia, sino la imperiosa necesidad de mi desgraciada condicion; es mi horrible pobreza, que me hace traspasar los límites del comedimiento; es vuestra dulzura, que me dá valor; es vuestra insigne bondad, que me llena de confianza. Si solamente fuérais admirable, ¡oh Virgen Madre de Dios! si no fuérais tambien exorable, no se atreveria nuestra flaqueza á imploraros; pero cuanto se espanta nuestra bajeza de vuestra magestad, otro tanto se reanima por vuestra clemencia; cuanto deslumbra nuestros ojos el brillo de vuestra hermosura, otro tanto los templa y encanta la sombra de vuestra misericordia. Paristeis á Dios, pero le paristeis para nosotros, y los hombres respiran. Paristeis á Dios, y la naturaleza quedó sorprendida; pero no dísteis á luz al que lanza rayos y truenos, sino al que exhala vagidos.

De aquí una cosa admirablemente poética en el culto de María, y es que toda la poesía de la miseria humana, fuente de toda gran poesía en el mundo, encuentra en ella su espre-

sion mas penetrante y como su eco celestial. Es el himno de la tierra, el concierto de todas las lamentaciones del alma humana *gimiendo y llorando en este valle de lágrimas*, que sube hácia su trono materno, que exhala la infinita diversidad de nuestras tristezas y de nuestros dolores, que invoca todas las grandezas y todas las glorias de la Virgen, compadeciendo desde los cielos todos los males que ella sufrió en la tierra; que solicita con su misericordia la multitud de los dones y de las gracias de que es dispensadora, y que le reporta las bendiciones y los regocijos del reconocimiento conmovido con sus beneficios. Hay en esto como un flujo y un reflujo de males y de bienes, de dolores y alegrías, de peligros y de auxilios, de vergüenzas y virtudes, cuyo movimiento conmueve todos los resortes y todas las emociones de la poesía.

Por todas partes, prosigue Erasmo, levantan sus clamores hácia vos multitud de desgraciados, reclamando el apoyo de María todas las edades, clases y condiciones. A María es á quien imploran con voz unánime los niños y las jóvenes doncellas, á María los pequeños y los grandes. A vos confia sus intereses el comerciante, á vos recomienda el navegante su vida, á vos tambien el pobre labrador recomienda la esperanza de la cosecha. A vos se apresuran á dirigir sus votos el soldado que se lanza á los azares de las batallas, á vos os implora por medio de su abogado el culpable, devorado de remordimientos, á vos elige un amor puro por confidenta y custodia de su dicha. Vos sois á quien llaman madre suya los huérfanos; tutora suya los pupilos; los criminales su patrona para dejar de serlo; los cautivos su libertadora; los viajeros extraviados su saludable guia; los afligidos su consoladora; los enfermos su curacion; y todas las almas desesperadas su esperanza. ¡Oh Virgen! ¿Os imploró alguno nunca en vano? ¿Se alejó jamás alguien de vuestros altares sin haber sido oído?... He aquí por qué os ha elevado santuarios por todas partes la piedad agradecida de los cristianos y por qué humea el incienso por doquiera en honor vuestro.

Así es como el culto de María viene á ser el eco armónico de todos los males de la tierra y de todos los bienes del cielo, y como la poesía de todos los dramas del destino humano en la infinita diversidad de sus situaciones.

Finalmente, lo que es María en cada uno de estos dramas, lo es en el gran drama que los comprende á todos; en esta epopeya del Cristianismo, cuya vasta accion hemos tratado mas arriba. Si es Cristo su héroe, la Virgen es evidentemente el nudo á que se refieren todos los preludios, de donde salen todos los desenlaces. Predestinada por toda la eternidad, con la predestinacion misma de Cristo, ha estado presente á los consejos eternos de la sabiduría, antes que fueran abiertos los abismos, cuando preparaba Dios los cielos y concebía la creacion como teatro exterior de su gloria. Por esta eterna conexion que le dá su Maternidad con su divino Hijo, ha sido presentada al mismo tiempo que El á la sumision de los Angeles, y ha hecho desde entonces la gloria de aquellos que fueron fieles y la confusion de los apóstatas. Ella fué á quien tuvo presente Dios en la primera Eva que sacó de Adan, como aquella de quien debia sacar el Adan futuro, del cual no era el primero mas que una representacion ó figura. De ella fué de quien se dijo, que áplanaria la cabeza del tentador y que recobraría sobre este enemigo la dominacion que habia usurpado sobre nuestra raza. Ella es la que no ha cesado de ser prefigurada en todas las sombras de la antigua Ley, y que se nos ha mostrado tan luminosamente por Isaías y los Profetas, mientras cumplan todos los pueblos del Gentilismo en las tinieblas del error las revoluciones que debian ir á parar á su parto virginal, como á su término. Además de este parto virginal, cuyo gran acontecimiento fué determinado por su *Fiat*, y todas cuyas consecuencias son y serán por siempre efecto de su fé en el mensaje del Angel, no hay un misterio del Hombre-Dios que no comprenda á la Virgen-Madre, que no nos la muestre asociada con El á la obra de la salvacion humana, y ejerciendo al lado de esta divina Cabeza el gran ministerio de su Maternidad estendida á todos sus miembros; desde la Encarnacion en que recibe á Dios en su seno, hasta la Asuncion en que es recibida por El en la gloria. Todos los misterios del Evangelio, la Visitacion, la Natividad, la Presentacion, la Huida á Egipto, la Vida oculta en Nazaret, el Hallazgo en el Templo, las Bodas de Canaá, la Vida apostólica de Jesus, el Calvario, el Cenáculo; todas estas escenas adora-

bles que las colma la falta de toda poesia, donde brilla lo Bello divino por sí, desnudo de todo adorno, donde hace brillar con las dolencias y humillaciones mismas de que se reviste, todas las gracias de la justicia, de la sabiduría, de la santidad, de la misericordia, del poder y del amor; todas estas escenas, repito, sacan de la figura de María una dulzura, un enternecimiento, un encanto, una belleza, cuyo sentimiento no puede espresarse; sentimiento tanto mas verdadero, cuanto que brota de la doctrina, porque, como lo hemos dicho tantas veces, siendo todos estos misterios los misterios del Hombre-Dios, no tienen sentido sino por la *Virgen Maria*, que nos lo muestra por todas partes en esta verdadera humanidad por la que nos eleva á la divinidad, en esta *filacion* de María que nos hace hijos de Dios. Este es el fondo permanente y el nudo de esta *Accion* por excelencia que se desenlaza, para cada uno de nosotros, así como se desenlaza en Cristo y en su Santa Madre, por la gloria, por el cielo á donde nos ayuda á llegar María, respondiendo por medio de todas las gracias que ella nos obtiene, á todos los homenajes y á todos los votos que le dirigimos en la tierra.

He aquí lo que es María para la imaginacion y la sensibilidad en la poesia, bien se considere á esta Virgen en sí misma, bien se la tome en la ejecucion del Plan divino. Todo lo que acabamos de decir sobre este punto no es nada, si no se refiere á todas las impresiones de esta verdad que ha podido experimentar el lector en todas las demás partes de esta obra; si no se refiere sobre todo, á la esperiencia que puede hacer de ella él mismo por su devocion á María. ¿Quién hay que se haya ensayado en esta devocion, y se haya arrodillado, con sencillez filial de corazon, al pié de los altares de María, que no haya experimentado estos dulces golpes que hacen en el alma una herida de gracia y de suavidad, y de que las siguientes palabras, dirigidas á un ídolo de la amistad, espresan una idea exacta aplicada á María? «Vos sois mi Estrella, vuestra presencia tan llena de encanto, los dulces reflejos de vuestra alma, son para mí una inspiracion poderosa. Vos sois toda mi poesia, vos sois la misma poesia (1).»

(1) Ballanche, á Madama Récamier.